B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

DIOS NOS HABLA A TODOS

20 breves meditaciones para días de retiro espiritual

Hoy, si oyereis la voz de Dios, no endurezcáis vuestro corazón en la maldad
(Sal. 95,7s; Heb. 3,7)
Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen
(Lc. 11,28).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-557-7
D.L.: Gr. 515-2001
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

Amigo lector:

Aquí te presento un libro, compendio de meditaciones sobre las verdades eternas más principales, el que creo muy apropiado para reflexionar en todo tiempo, especialmente en unos Ejercicios o Retiro espiritual.

En estas verdades Dios nos habla, pues van fundamentadas en la Sagrada Escritura, cuyas palabras van al comienzo de todas las meditaciones, si meditamos lo que Dios nos dice en ellas, sabremos orientar mejor nuestra vida hacia lo que Dios nos dice en ellas, sabremos orientar mejor nuestra vida hacia lo perdurable y eterno.

El Papa Pío XI en la "Mens nostra" (año 1929), dijo: "Hay una enfermedad gravísima de la edad moderna: la ligereza e irreflexión, que lleva extraviados a los hombres, la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas y placeres, que debilita y enreda en las cosas

terrenas y transitorias, que no les deja elevarse a la consideración de las verdades eternas.

¿Cómo curar esta enfermedad? Con la medicina de los Ejercicios Espirituales. Ellos son el remedio de los tiempos presentes. Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano, son los de su origen y su fin".

Dios quiera que la meditación de estas verdades, más necesaria que nunca a toda clase de personas, haga reflexionar a mis lectores y los mueva a pensar más en lo eterno que en lo temporal

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 15 de junio 2.000

BREVES MEDITACIONES PARA DIAS DE RETIRO ESPIRITUAL

1ª Dios creador del mundo y del hombre

Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad. ¿Quién los creó? (Is. 40,26). *Toda casa es fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios* (Heb. 3,4). *Al principio creó Dios los cielos y la tierra* (Gén. 1,1), *y "creó al hombre a imagen de Dios los creó, y los creó hombre y mujer, y los bendijo Dios"* (Gén. 1,26-27).

No fabricó Dios al mundo de materia alguna, sino que lo creó de la nada, ni hizo esto forzado de alguna violencia o necesidad, sino de su libre y mera voluntad, y lo creó movido de su bondad, y para comunicar su bondad a todas las criaturas.

Al hacer profesión de fe, en nuestro Credo católico, decimos: "Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra". El, pues, es nuestro Creador, luego yo soy criatura que procedo de Dios. Y, por lo mismo, diré con

Santa Teresa de Jesús: "Vuestra soy, pues me criasteis". Yo, pues, pertenezco a Dios con todo mi ser. Soy propiedad suya, y esto es lo principal que tengo que reconocer. Soy de Dios, luego a Él debo escucharle, obedecer y amar.

Del reconocimiento de que Dios es nuestro Señor supremo, nace mi dependencia y mi oración de peticiones de gracias, de alabanzas y también de acción de gracias. "Vuestra soy, pues me criasteis". Soy de Dios y seguiré siéndolo por toda la eternidad. ¡Qué obligaciones se desprenden de este hecho? Que a Dios debo servir porque Él tiene derecho a ello. "El hombre fue creado sencillamente para pertenecer a Dios" (Clem. Alej. Protrep.10).

El gran sociólogo italiano *José Toniol,* que hacía todos los años Ejercicios, en su Diario escribió estas líneas acerca del Principio y Fundamento: "Yo confieso creer firmemente que vengo de Dios: por consiguiente, todo lo que hay en mi es un don de Él. Esto proclama mi sublime dignidad y al mismo tiempo mi completa dependencia del Creador. Por deber, pues, de justicia, debo ser todo para Dios. No me pertenezco a mi mismo, ni a los prójimos, ni al mundo; yo pertenezco a solo Dios y deber

mío ineludible es entregarme a Él sin vacilaciones, sin tardanza, sin reservas, no ser esclavo de mi voluntad, sino esclavo y siervo de la voluntad del Creador".

2ª ¿Qué soy yo ante Dios?

"Todo el mundo es delante de Dios como un granito de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra". Esto es lo que leemos en el libro de la Sabiduría (11,23), *y en el profeta Isaías esta idea semejante: "todas las naciones son como un polvillo en la balanza..."* (40,1).

Si esto son todas las naciones ante Dios, como un granito o un polvillo en la balanza que no la hacen subir ni bajar, ¿qué seremos cada uno de nosotros ante Él?

Para tener conceptos claros, basta cotejar al hombre con el universo en que vive, y es menos que un grano de polvo... y no digamos en parangón con el Dios eterno e inmenso, seríamos átomo de un átomo, granito de polvo de un granito de polvo, nada de nada.

Somos, pues nada ante Dios, y ¿en qué sentido? *Eramos* nada antes de llamarnos Él a la

existencia; *seríamos* nada si Dios no nos hubiese llamado, y *somos* nada, considerados en nosotros mismos, si Dios no nos diera constantemente el ser y no nos lo conservase.

Y al considerar lo poco que somos, ¿es posible que esta nada se levante con orgullo y altivez contra Dios? ¡Cuán inconcebible es esto! Dios mira este proceder de los que se rebelan contra Él y los tolera... Pero, por su gran misericordia, *hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia"* (Sap. 11,24).

¿Qué somos?. San Juan de Ávila decía a una joven:

Lodo sois de parte del cuerpo
Pecadora de parte de ánima;
Si en más os tenéis ciega estáis.

Pensemos que Dios nos engrandece con su gracia, y perseverando en gracia "con Dios lo somos todo, sin Dios no somos nada". Por eso San Agustín nos advierte: "Esta es la gran ciencia: saber el hombre que por si mismo nada es, y en cuanto es, lo es por la gracia de Dios y para Dios" (In. PS.70).

3ª Fin del hombre

Dios señaló al hombre un número contado de días y le dio dominio sobre la tierra. Dióle inteligencia lengua y ojos para que viese la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de esas sus obras, y le dijo: "Guardaos de toda iniquidad" (Eclo. 17,3 ss).

Lo más esencial para todos es saber para qué estamos en este mundo, cuál es nuestro fin. El papa Pío XI en su encíclica "Mens nostra" dice: No hay duda que los más graves problemas que siempre han preocupado al género humano, son los de su origen y de su fin, de dónde viene y a dónde va. Aunque sólo esto fueran los ejercicios espirituales, nadie dejaría de ver la inmensa utilidad que de ellos puede reportarse.

¿De dónde vengo, adónde voy y para que estoy en el mundo? Estas son preguntas trascendentales. Reflexionemos un poco. Hace 100 años yo no existía y dentro de poco dejaré de existir.

Como ya hemos dicho, Dios es el Creador del mundo y del hombre, por tanto soy hechura de Dios. Dios sirviéndose de mis padres, me dio el cuerpo. Él creó luego mi alma inmortal,

y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal. El salmista nos dice: *"Sabed que el Señor es Dios, Él nos hizo y somos suyos"* (Sal. 100,3).

San Ignacio de Loyola dice: "El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y mediante esto salvar el alma".

Cada uno puede decir, según su edad, hace 20,40 o 100 años yo no existía ¿dónde estaba entonces? Era nada. ¿Cómo he venido al mundo? ¿Quién me ha creado? Yo no me he dado el ser, porque siendo nada no podía. Tampoco mis padres me sacaron de la nada, porque no pudieron darme el alma espiritual que tengo ni organizar mi cuerpo. Pues ¿cómo he venido al mundo? Preciso es confesar que un Ser supremo primero y universal principio fue mi autor, porque sólo Él puede sacar las cosas de la nada, y esto me dice la fe: Dios ha creado al hombre y lo conserva. En consecuencia: luego vengo de Dios, y soy hechura de Dios. Y ¿para qué me ha creado'

Es evidente que Dios me ha creado para que le alabe, le glorifique, para que haga su voluntad y guarde sus mandamientos, y todo esto es una misma cosa, pues glorificar a Dios es cono-

cerle y si quiere que le conozcamos para amarle, y *¿quién ama Dios? El que guarda sus mandamientos* (Jn. 14,15).

Esto es lo que nos dice el Eclesiástes: *"Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Esto es el hombre todo"* (12,13), es decir, ésta es la razón de ser del hombre y para esto ha sido creado, para que guarde sus mandamientos. Y esto fue lo que dijo un día Jesucristo al joven que le preguntó qué tenía que hacer para salvarse y así ganar la vida eterna: *"Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt.19,17).

4ª Glorifiquemos a Dios

Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos, porque su misericordia se ha manifestado sobre nosotros (Sal. 117). *Alabad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna* (Sal. 118,1). *Desde que sale el sol hasta el ocaso, sea ensalzado el nombre de Yahvé* (Sal. 113,3).

En los salmos se nos repiten con frecuencia las alabanzas al Señor. Y por ser el libro de los Salmos, libro inspirado por Dios, dice San Agustín: "Para que Dios fuese dignamente alabado por el hombre, se alabó Él a si mismo, y

porque Él se dignó alabarse, por eso encontró el hombre manera de alabarle", y nuestro deber es alabarle, como criaturas dependientes de Él, y a su vez glorificarle; mas a Dios le glorificamos "proclamándolo, no haciéndolo" pues Él es eternamente feliz, y no necesita de nosotros, pues "Dios creó de la nada este mundo por su bondad, no para aumentar su bienaventuranza o adquirirlas, sino para manifestar sus perfecciones y hacernos felices".

Dios, dice San Juan Crisóstomo, quiere ser glorificado para nuestro bien, porque Él no necesita ser glorificado. "¿Cuánta diferencia crees que hay entre Dios y los hombres? ¿Quizá la que hay entre los hombres y los gusanos? Poco has dicho señalando esta diferencia. Porque ni siquiera se puede expresar la diferencia que hay. ¿Acaso querrías tú ser altamente glorificado por los gusanos?. De ninguna manera. Por tanto, si tu que amas la gloria no quieres tal cosa, aquel que se ve libre de tal pasión y está muy por encima de ella, ¿cómo puede necesitar que tu le glorifiques?"

San Agustín nos lo dice así: "Te sugiero un medio para loar, si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás

alabado a Dios... La gloria de Dios es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas, pero tu alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor, y vituperándole o blasfemándole, te vuelves peor. Él seguirá siendo bueno como lo es ahora".

Temer a Dios y observar su Ley es el único fin del hombre.

5ª Fin de las criaturas

Al principio Dios creó el cielo y la tierra (Gén. 1.1). *Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho* (Jn. 1,3). *Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza... y los caminos del bien obrar, vienen del Señor...; el error y las tinieblas son obras de los pecadores* (Ecl. 11,14,16).

¿Qué entendemos por "criaturas"?. Todo cuanto existe fuera de Dios y de cada uno de nosotros. Las cosas que nos rodean: cielos, tierra, mares, animales y plantas, piedras preciosas, flores... y las criaturas racionales, los hombres con quienes tratamos, la sociedad en que

vivimos con sus virtudes y defectos... Dios hizo todas las cosas y las conserva.

- *Las cosas vienen de Dios*. El las ha creado para el hombre. Mi casa, mis posesiones, mis vestidos originariamente son de Dios. Él es el propietario, yo soy mero administrador. Todo viene de Dios, menos el error y el pecado. *"No digas: Mi pecado viene de Dios, porque Él no hace lo que detesta. Él ha dado libertad al hombre, pero a nadie da permiso para pecar"* (Eclo. 15, 11-25).

Las enfermedades y el dolor son consecuencia del pecado original y de nuestros pecados personales, y Dios las permite para probarnos y acercarnos más a Él...

- *Las criaturas no son Dios*. No son mi fin. San Agustín tiene un magnífico pasaje del ascenso por medio de todas las criaturas, para encontrar al Creador: En él dice: "pregunté a la tierra, si ella era Dios, y ella me dijo: "No lo soy (no soy Dios)", pregunté al mar... a los vientos..., al cielo hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: "Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de Él". Y con voz fuerte exclamaron todas: "El nos ha hecho".

Las cosas de la tierra no llenan el corazón del hombre: Salomón disfrutó de todas las cosas de la tierra: riquezas, placeres... y al fin de su vida exclamó: *"Vanidad de vanidades"*... El Kempis añadió: "Todo vanidad fuera de amar a Dios y servirle".

- *Las cosas son para Dios*, es decir, nos deben encaminar hacia Él. Son como escaleras o medios para subir a Dios... y ¿cómo debo usar de ellas? San Ignacio nos da esta regla: "Las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De tanto se sigue que "tanto cuanto" a Él me conduzcan, y si me apartan de Dios, deberé abstenerme de ellas.

6ª Santa indiferencia

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2,4). *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

El verdadero concepto de la indiferencia está en querer lo que Dios quiere, y abstenernos de todo lo que nos conste que no es su voluntad. La santa indiferencia es la gran regla para ser

santos: hacernos indiferentes a las cosas creadas..., el no querer más riquezas que pobreza, salud que enfermedad.

Todas las cosas las podemos clasificar en tres clases:

1) *Necesarias* para lograr nuestro fin y podernos salvar vg. La guarda de los mandamientos de Dios, deberes de estado...

2) *Perjudiciales*, que se oponen a nuestro fin, ocasiones de pecado y las prohibidas...

3) *Indiferentes* que ni me favorecen ni se oponen al fin último.

Las primeras debo abrazarlas; las segundas rechazarlas. Para con las terceras, procurar ponerme en indiferencia hasta ver concretamente su aptitud o ineptitud para ayudarme al logro de mi fin, esto es, guardar respecto de ellas justo equilibrio, ponerme como el fiel en la balanza, sin inclinarme a uno u otro lado, y si por un acaso el Señor me dijera: dejo a tu arbitrio el que escojas entre ponerte sano o continuar enfermo..., la santa indiferencia está en decir: Señor no quiero ni lo uno ni lo otro, sino lo que tu quieras, no tengo más voluntad que la vuestra. Y lo mismo digamos de éste o aquel puesto...

Mi deber es abrazarme al que de más gloria a Jesucristo o de inclinarme más a uno que a otro que sea el más costoso y de más espinas, para así asemejarme más a Él que sufrió por mi.

En consecuencia, si me dan a escoger entre riquezas o pobreza, salud o enfermedad, si no es pecado, puedes escoger lo que quieras... Las almas de gran virtud entre una corona de espinas y otra de rosas, han escogido la de espinas para asemejarse a Cristo, que quiso abrazarse a la cruz y sufrir por nosotros. En este mundo nada sucede al azar. Dios lo permite por el don de la libertad concedida al hombre... Vigilemos en nuestro obrar...

7ª Fin de las almas consagradas

Jesucristo nos dice: *"Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"* (Mt. 5,48). *Sed santos, porque Yo, vuestro Dios y Señor, soy santo"* (Lev. 19,2). *"Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, ven y sígueme"* (Mt. 19,21). *"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"* (Mt. 5,8).

El Concilio Vaticano II en su decreto sobre

la renovación de la vida religiosa, hablando de los religiosos, dice: Estos son "hombres y mujeres que por la práctica de los consejos evangélicos (castidad, pobreza y obediencia) se proponen seguir a Cristo con mayor libertad e imitarlo más de cerca y cada uno a su manera llevando una vida consagrada a Dios".

Estas palabras juntamente con las siguientes de Juan Pablo II sirven para hacer reflexionar a toda persona religiosa, si ciertamente cumple con su fin de alma consagrada. "Las casas religiosas, dice, deben ser sobre todo oasis de oración y de recogimiento, lugares de diálogo personal y comunitario con Aquel que es y debe ser el primero, el principal interlocutor de sus jornadas tan llenas de trabajo... Sin la oración, la vida religiosa pierde su significado y no logra su finalidad".

A la luz de estas palabras cada religioso puede hacer su examen de conciencia y ver si cumple con su fin de alma consagrada. ¿Observo con exactitud los consejos evangélicos? ¿Cómo vivo mi vida consagrada y de entrega total a Dios? ¿Observo mi vida de silencio, de recogimiento, de oración, obediencia y mortificación?. Comentando el escriturista Alapide

unas palabras del profeta Habacuc (2,11), dice: "Las piedras, las maderas, las casas, las celdas, se levantarán en el día del juicio contra los religiosos que hayan vivido indignamente".

Las almas consagradas deben tener muy presente que su fin es servir constantemente a Dios, dedicarse y consagrarse enteramente al culto divino, al apostolado... y hacer todas sus acciones por la voluntad de la regla y de los superiores, por el voto de obediencia...

Reflexión general: Dios es ciertamente mi creador. ¿Soy totalmente criatura de Dios?

- Me hizo a imagen suya (Gén. 1,26), ¿acaso no he manchado esta imagen con el pecado?.

- Me hizo templo suyo *"Sois templo de Dios"* (1 Cor. 3,16), ¿no lo he profanado, ¿no he arrojado a Jesús de él?.

- Me hizo *espiritual* con miras a una vida sobrenatural, ¿no me apego demasiado a lo material, a las cosas de esta vida?

- Me hizo *inmortal* (Sap. 2,23; Mt. 10,28), ¿acaso no suelo pensar y obrar como si mi vida inmortal no existiera?.

8ª El pecado... y su malicia - I

"Pecado es la transgresión de la ley de Dios"

(1 Jn. 3,4). *"Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que fueron precipitados en el infierno"* (2 Ped. 2,4). *Pecó Adán, y Dios le dijo: "Por ti (por tu pecado) será maldita la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan...* (Gén. 2,17s) *"Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte"* (Rom. ,12).

El Papa Pío XII (y lo han repetido los siguientes Papas) dijo: "Se ha perdido el sentido del pecado", y hoy a la verdad muchos no dan importancia a lo que Dios ordena o prohibe, y esto no deja de ser una enfermedad de nuestro tiempo.

El pecado es un gran mal y el mayor de todos, porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado, Dios es el soberano y supremo. Bien, y el pecado es el supremo mal, que nos aparta de Dos, y es lo infinitamente opuesto a Él.

Para saber qué es pecado, basta atender a lo que nos manda o prohibe la ley de Dios. Todo pecado supone necesariamente dos cosas: Una ley terminante de parte de Dios y una desobediencia terminante de parte de hombre, *Dios dice*: No blasfemes, santifica las fiestas, no mates, no robes, no cometas actos impuros... Si

el hombre dice: *No quiero*. Al no obedecer el mandato de Dios, comete un pecado, porque quebranta su ley.

¡Con qué facilidad se peca! Se falta a Misa porque no tengo gana, porque no *me dice* nada... Se comete un pecado torpe y se quiere disculpar diciendo: ligereza de la juventud. Pero Dios habla de otro modo. El pecado es una ofensa, una desobediencia, una rebelión de la criatura para con su Creador.

La malicia del pecado, la conocemos por sus efectos: Los ángeles, seres dotados de gran belleza, gracia e inteligencia cometen un pecado y solo uno de pensamiento y Dios no los perdonó, los arrojó en el infierno. Pecaron nuestros primeros padres y por un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia quedó convertido el paraíso en valle de lágrimas....

El diluvio de agua que fue universal y el de fuego de Sodoma y Gomorra fueron debidos que sus pecados clamaban venganza al cielo... y si a esto añadimos ¿por qué sufrió tanto Jesucristo, padeciendo una pasión ignominiosa fue debido a nuestros pecados (1 Cor. 15,3). ¿Qué será el pecado cuando Dios así lo castiga?.

9ª El pecado... y su ingratitud -II

Has despedazado mi yugo... y has dicho: No te serviré (Jer. 2,20). *¿Quién es ese Señor a quien he de obedecer? Yo no tengo señor alguno* (Ex. 5,2). *Avergüenzate de todos tus pecados* (Jer. 22,22). *Desgraciados de nosotros que hemos pecado* (Lam. 5,16).

Todo el que peca se hace reo de la más negra ingratitud para con Dios, porque desprecia, pues lo que tenemos es don suyo. Él nos ha creado, nos conserva la vida, nos ha dado inteligencia y tantos otros bienes y ha mostrado su grande amor sufriendo por salvarnos y nosotros nos servimos de sus mismos beneficios para ofender al que es nuestro Bienhechor. De este mal se lamenta el Señor diciendo por poca del profeta: *"He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han despreciado"* (Is. 1,2).

Se cuenta de Monseñor Sibour, Arzobispo de París, que se presentó a él un obrero, el cual, suspirando, le dijo que debido a una enfermedad había perdido el empleo y se hallaba en la extrema miseria con cinco hijos que lloraban de hambre.

El arzobispo conmovido, abre el cajón de su

mesa y le da una limosna. Luego el obrero sale precipitado con aquellas monedas, sin apenas darle gracias, y compra un puñal. Al día siguiente, fiesta de Santa Genoveva, patrona de Francia, celebraba el Arzobispo la Misa Pontifical en la catedral.

Al terminar, según pasaba, salió de detrás de una columna el obrero y le clavó el puñal en el corazón. En aquel momento le reconoció el arzobispo y dijo: a este mismo le di yo una limosna.

Al saberse en Francia, el grito unánime fue: ¡Muera el infame!... ¡Cuántas veces hemos sido nosotros los infames! Tantas veces cuantas hemos pecado, porque pecando nos hemos servido de los ojos que son de Dios, de los oídos, de la lengua, del talento, de la salud... todos dones de Dios...

Al ver el gran mal que es el pecado ¿lo seguiremos cometiendo?. No queramos seguir ofendiendo a Dios. Hagamos verdadera contrición de ellos pensemos en lavarlos con una buena confesión y tomemos la resolución de en adelante no ofender más a Dios.

10ª. El pecado... y sus grandes males -III

No añadas pecados a pecados, porque ni aun por uno solo has de quedar sin castigo (Mal. 1,14). *En el alma manchada por el pecado no entrará la sabiduría ni habitará en el cuerpo esclavo del pecado. El Espíritu Santo se retirará ante la iniquidad* (Sap. 1,4-5). *Si el justo se apartara de su justicia y obrare la iniquidad, quedará en el olvido todas las obras buenas que hubiera hecho* (Ez. 18,24).

¡Cuántos males acarrea el pecado! El pecado fue el que convirtió al ángel en demonio y al mundo en un valle de lágrimas. Por el pecado, especialmente por el de impureza, porque vivía según la carne, mandó Dios el diluvio de agua, y más tarde el de fuego sobre Sodoma y Gomorra.

Pero el mayor mal que acarrea el pecado sobre un alma es la pérdida de la gracia de Dios. El alma en gracia es tan hermosa que puede decirse que es un poco inferior a los ángeles (Sal. 8,5). Los que están en gracia de Dios participan de la misma naturaleza divina (2 Ped. 1,4).

Pero, si el alma se mancha con el pecado mortal, ¡oh, qué cambio se hace en ella! Queda

ennegrecida, deformada y viene, a ser arrojada de ella el Espíritu Santo, y se convierte en morada del demonio... Si comprendiéramos bien la malicia del pecado y los males que traen a nuestra alma, no lo cometeríamos jamás.

¿Qué se pierde por el pecado mortal? Todo el mérito de las obras buenas. Suponed que un hombre ha realizado muchísimas obras santas: penitencias, limosnas, oraciones, durante muchos años. ¡Qué hermoso cúmulo de méritos para el cielo!... Pues bien, si después de todo esto cometiese este hombre un solo pecado mortal, no quedaría nada de todas sus obras buenas, todo lo perdería, y si muriese en este estado se condenaría para siempre. Y esto es lo que dice Dios por el profeta: *"Todas sus justicias u obras buenas que había hecho, no le serán tenidas en cuenta"* (Ez. 18,24).

Muchos no se dan cuenta de lo que pierden por el pecado mortal. No seas insensato: *"No digas: he pecado, y ¿qué mal me ha venido?"* (Eclo. 5,4). El pecado es muerte del alma, y el que vive sin la gracia de Dios es un cadáver, *"tiene el nombre de viviente, pero en realidad está muerto"* (Apoc. 3,1). *"El que comete el pecado es esclavo del pecado"* (Jn. 8,34).

¿Qué debe hacer el que vive en pecado mortal para recuperar todos los méritos perdidos y hacer que estos revivan? Hacer un propósito firme de salir del pecado, hacerse digno de volver al estado de gracia mediante el arrepentimiento y una confesión sincera de sus pecados. Si esto hace *"todos los pecados que cometió no le serán recordados..., pues Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva"* (Ez. 18, 21-23).

11ª. El pecado... y el remordimiento

No hay paz para los impíos, dice el Señor (Is. 48,22) *No tardes en convertirte al Señor, y no lo difieras de un día para otro. No digas: He pecado y ¿qué mal me ha sucedido? Porque el Señor es paciente, porque, aunque paciente da el pago merecido* (Eclo. 5,4 ss).

Los que creen estar alegres en el pecado mortal y tener paz, se equivocan; su alegría es falsa y la voz de la conciencia no les deja vivir tranquilos.

La prueba que tenemos en el ejemplo de nuestros primeros padres. Estado de gracia..., esplendor y hermosura..., apenas perdieron la inocencia, sintiéndose desnudos, esto es, des-

poseídos de la gracia original, experimentaron cierta vergüenza, que les obligó a esconderse del Señor que le dice: *Ubi est?* (Gén. 3,9), *Adán ¿dónde estás?* ¿en qué estado te hallas por el pecado? *Temí,* contesta, y *avergonzado me escondí...*

El desventurado Caín, ¡qué turbación y qué temor no sintió en el momento que hubo cometido su fratricidio! Fugitivo, se figuraba que cualquiera que le encontrase iba a matarle...: *Caín, ¿qué has hecho?...* (Gén. 4,10)

El pecado no dejará tranquilo al pecador, sino que se levantará contra él. David, después de su pecado, poco tiempo vivió tranquilo hasta que por el profeta Natán reconoció su caída, y entonces se ve avergonzado y dice: *"Mi pecado está siempre contra mi"*.

El pecado no hace feliz a las almas y éstas se ven agitadas por los remordimientos. ¿Qué sucedió a San Agustín después de su pecado de impureza? Que, arrepentido, se volvió a Dios y dijo: "Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en Ti".

El pecado, además, reduce al alma a una vergonzosa esclavitud. Mientras está en gracia

goza de la verdadera libertad. El pecado y las pasiones son ataduras que aprisionan al alma, y sólo viviendo en gracia goza de la verdadera libertad. *"Muchos*, dice el profeta Sofonías, *andan como ciegos, porque pecaron contra Dios"* (1, 17).

La gravedad del pecado es mayor en las almas consagradas por la particular obligación que tienen de tender a la perfección, y es mayor su ingratitud por razón a su estado u Orden a la que pertenecen, y sus pecados tienen ya una especie de sacrilegio... A más luz recibida..., más responsabilidad... Las personas religiosas deben observar no sólo los mandamientos, sino también los consejos evangélicos.

Actuémonos todos en la presencia de Dios. "Si pensáramos que Dios nos ve dice Santo Tomás, nunca o casi nunca pecaríamos".

12ª. El pecado venial

Todos faltamos en muchas cosas (Sant. 3,2). *Si decimos que no hemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (1 Jn. 1,8). *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a cae* (En las grandes) (Eclo. 19,1). *Guardaos de las murmuraciones* (Sap.

1,11). *Dios aborrece los labios mentirosos* (Sal. 141,12).

El horror al pecado venial es base para la santidad. Para que el edificio de la salvación y de la santificación sea sólido y firme, es necesario que no se apoye sobre arena, sino sobre piedra, es decir, sobre el horror al pecado, pues toda virtud y santidad que en este horror al pecado no esté apoyada es enferma y apoyada sobre arena. Es necesario, pues, que nuestra alma esté firme en el horror al pecado.

Mas para que este horror al pecado sea tal cual debe ser, no basta que sea sólo acerca de los pecados mortales, sino que debe extenderse a todos los pecados veniales para que el edificio de la santificación pueda sostenerse sin peligro de ruina... Pues si no aborrecemos el pecado venial, no adelantaremos en la virtud, ni permaneceremos largo tiempo sin mancilla en la Ley del Señor. Y lo que es más, quizá no nos salvemos..." (F.J. Schouppe S.I.).

¿Qué es pecado venial? es decir, hacer, pensar o desear algo contra la ley de Dios (o sea, una transgresión de esta Ley) en materia leve. Se llama "venial", porque es fácil obtener *venia* o perdón de él, aun fuera del sacramento de la

penitencia, con tal que se tenga verdadero dolor de él.

El pecado venial es *leve con relación al mortal*, pero es *grave en sí con relación a Dios, por ser una ofensa contra Él.*

El pecado venial es una *desobediencia contra Dios,* y siempre, aunque sea materia leve es algo odioso, porque ofende a la majestad infinita de Dios.

La malicia del pecado venial, la podemos apreciar por los castigos: *La mujer de Lot*, por volver la vista atrás contra lo ordenado, muere y queda convertida en estatua de sal. *Moisés,* golpea con duda la roca, a la que le ordenó Dios golpease, y por ello no entró en la tierra prometida.

La hermana de Moisés, por una murmuración, quedó cubierta de lepra (Núm. 12).

Abnanías y Safira, por una mentira, murieron... (Hech. 5).

Un pecado venial deliberado y habitual es enemigo de la santidad, y disposición para el mortal. Si cae uno en pecado mortal de repente, se levanta también de repente...; pero, si va cayendo en veniales, se pierde el miedo al pecado... y se cae en mortales.

13ª. Pecados de la lengua

El que no peca con la lengua es persona perfecta... Mirad, un poco de fuego ¡cuán grande bosque incendia! La lengua también es un fuego (de los que se originan los grandes incendios de la discordia), es un mundo entero de maldad (Sant. 1,2). *El que esparce la difamación es un necio* (Prov. 12,22). *En el mucho hablar no faltará pecado. El que refrena su lengua es sabio* (5,15). *Dichoso el hombre que no peca con su boca y no siente el remordimiento del pecado* (Eclo. 14,1). *Hacedlo todo sin murmuraciones...* (Fil. 2,14) *Huirás de la mentira* (Ex. 23,7)...

El don de la palabra es un don de Dios, del cual solemos abusar. Muchos son los pecados de la lengua: por murmuración, calumnias, juicios temerarios, mentiras...

Murmuración es hablar mal del ausente. San Agustín, para obviar esta pestilencia de la murmuración, tenía escritos en su comedor estos versos:

Ninguno del ausente aquí murmure. Antes, quien piense en esto desmandarse,. Procure de la mesa levantarse.

La lengua, dice San Bernardo, "es una espa-

da, una lanza, la más aguda que con un solo golpe atraviesa tres personas: la que habla, a la que escucha y a la tercera de quien se habla".

San Ambrosio dice: "El hombre prudente antes de hablar considera lo que ha de decir, a quien ha de decirlo, y en qué lugar y en qué tiempo ha de hacerlo" (Lib. I de offic.c.10), y San Juan Crisóstomo nos dice: "¿Os ha insultado alguno, ¿os ha vituperado?, no abráis la boca; pues de otra suerte aumentaríais vosotros mismos la tempestad" (Homil. 2 Tes. 1).

Hay varias maneras de murmurar, vg. se puede murmurar diciendo la verdad, porque se puede difamar, vg. a cada uno que se vio en secreto hacer un mal: diciendo cosas con visos de verdad, pero sin fundamento, cual son los juicios temerarios o haciendo comentarios. ¡Cuántos empiezan diciendo: ¿Habéis oído lo que se dice de fulano?... Yo no afirmo que sea verdad. Dios me libre. ¡Yo no quiero murmurar de nadie!... Pero ahí va la flecha!...

"Si alguno se precia de ser religioso, sin refrenar su lengua..., su religión es vana" (Sant. 1,26).

Todos solemos pecar con la lengua. Estemos sobre aviso de qué hablamos y cómo hablamos. Así como el español habla su lengua, y el

alemán la suya, etc...; el que tiene un alma celestial habla de las cosas del cielo, y el que es amigo de la tierra, habla de las cosas mundanas...

"Señor, librad mi alma de los labios mentirosos y de la lengua fraudulenta" (Sal. 120.2).

Nota: Omito meditaciones sobre los *pecados capitales*. Véase un resumen en mi libro: *"Los males del mundo"*.

También tengo un libro dedicado a *"Los Novísimos"*, pero dedicaré aquí breves conceptos de ellos en las meditaciones que siguen.

Pablo VI dijo: "De los novísimos hablan pocos y poco. Sin embargo el Concilio Vaticano II nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno, que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleo reticencias (Mt. 22,13;25,41)...

Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria. *Acuérdate de los novísimos y no pecarás jamás* (Eclo. 7,40).

14ª. La muerte

Todos nos vamos muriendo (todos somos mortales) y desapareceremos de encima de la tierra, a semejanza de las aguas que, cayendo sobre ella, no vuelven jamás a aparecer" (2 Sam. 14,14).

¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 89,49) *"Morirás"* (Gén. 2,17). *Decretado está que el hombre muera una sola vez* (Heb. 9,27).

Si queremos saber vivir, tenemos que aprender a morir. "Acuérdate, nos dice la Escritura Santa, *de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá"* (para que ordenes mejor tu vida) (Eclo. 1412-15)

El cardenal Baronio puso en su anillo esta inscripción: *"Memento mori"*= Acuérdate que has de morir. Tengámosla presente también nosotros.

El recuerdo de la muerte sólo es triste *"para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas y su bienestar y todo le sonríe"* (Eclo. 41,1) y se cree eterno sobre la tierra. Mas el cristiano no debe estar triste jamás, porque vive con la esperanza del más allá, el cielo donde ya no hay dolores ni sufrimientos y todo es felicidad completa.

Pensemos en las circunstancias de la muerte:

- *¿Cuándo moriré?* Lo ignoro *¿Dónde moriré?*. Lo ignoro.

- *¿De qué modo moriré?* Lo ignoro. *¿Cuál será la causa de mi muerte?*. Lo ignoro.

Puedo morir de repente como tantos otros,

y por eso conviene que estemos preparados. ¿Querría yo morir, tal cual soy, en este momento? ¿Tengo todas mis cosas temporales puestas en orden? *"Dispón de las cosas de tu casa, porque vas a morir?"* (Is. 38,1). *"Estad preparados, porque en la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre* (Lc. 12,40). *"La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios"* (Sal. 116,5), y *"la muerte de los pecadores es pésima"* (Sal. 34,22).

15ª. El juicio particular

Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio (Heb. 9,27). *Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno su merecido según lo bueno o malo que hubiera hecho* (2 Cor. 5,10). *Temed al Señor y dadle honor, porque se acerca la hora de su juicio* (Apoc. 14,7). *Dios ha de juzgarlo todo, aún lo oculto, y toda acción buena o mala* (Ecl. 12,14).

En este mundo todos somos administradores de los bienes que Dios nos ha dado: *bienes naturales*: salud, riquezas, etc. y *bienes sobrenaturales*: sacramentos, gracia para merecer la vida eterna..., y un día nos dirá como al mal administrador: *"Dame cuenta de tu administración"*, y entonces se verá en qué y cómo hemos

empleado nuestros talentos y dones recibidos de Dios.

"Dios juzgará al justo y al impío" (Ecl. 3,17). *Cada uno dará a Dios cuenta de sí* (Rom. 14,12).

Hay dos clases de juicios: Uno *particular* inmediatamente después de la muerte de cada uno, y otro *universal* en el que se ratificará la sentencia ya dada, y se pondrá de manifiesto al fin del mundo, pues entonces *"todos los que están en los sepulcros, saldrán los que obraron el bien para resurrección de vida, y lo que obraron el mal para resurrección de condenación"* (Jn. 5,28).

La Iglesia en el Concilio de Florencia definió: "Después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento o en el cielo o en el infierno o en el Purgatorio, según la disposición de cada uno" (Dz. 693).

16. El infierno

"Entonces (el Rey Juez Supremo) dirá a los de su izquierda: Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles... y estos (los impíos) irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna" (Mt. 25,41-46). *Allí será el llanto y el crujir de dientes" o sea, la desesperación* (Mt.

8,12). "*La herencia de los cobardes, infieles, abominables, homicidas, deshonestos, hechiceros idólatras y todos los mentirosos, será el estanque que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte*" (Apoc. 21,8).

Algunos dicen: ¿Por qué hablar del infierno? Debemos hablar porque no es una fábula, sino una tremenda realidad, porque Jesucristo nos habla claramente de él en el Evangelio, y además debemos hablar del infierno porque podemos pecar..., cometer un pecado mortal y caer en él.

¿Existe el infierno? No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe, verdad revelada muchas veces en la santa Biblia, los saduceos y materialistas antiguos como los racionalistas y modernistas de hoy lo niegan, pero es, sin duda, porque quisieran que no existiera por temor a ser castigados por sus crímenes.

Como nos dice el Concilio Vaticano II: "Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección... y esto es ya "infierno".

Muchos suelen decir: Dios es misericordioso

y no puede castigar con un infierno eterno. La fe nos enseña que, ciertamente, es infinitamente misericordioso, pues vino a salvar a los pecadores; pero también es infinitamente justo. Dios no predestina a nadie al infierno, y por eso nos llama a la conversión; pero si uno rechaza hasta el último momento el amor y la misericordia divina y muere en pecado mortal, ¿quién es el culpable de romper la amistad con Dios y de separarse de Él para siempre?. Esta separación es ya el infierno eterno.

Doctrina de la Iglesia sobre el Purgatorio.

Aquí me limito a recordar lo que nos dice el Catecismo de la Ig. Católica:

"Los que mueren en la gracia y amistad con Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo" (N. 1030).

17ª. El cielo

Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo (Mt. 5,12). *Los justos irán a la vida eterna* (Mt. 25,26). *"Si quieres entrar*

en la vida eterna guarda los mandamientos" (Mt. 19,17). *"Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios"* (Hech. 14,22).

"Toda la Sagrada Escritura, según afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad" (Lib. de civit).

Según la doctrina de la Iglesia expuesta en el Catecismo de la I. Católica: "Los que mueren en la gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre en el cielo con Cristo. Allí serán semejantes a Dios, porque le verán *"tal cual es"* (1 Jn. 3,2), *"cara a cara"* (1 Cor, 13,12).

La felicidad del cielo es indescriptible, pues por estar con Dios, sumo Bien, gozarán de todo bien posible, y como dice San Pablo: *"Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, es lo que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Cor. 2,9).

Vivir en el cielo es "estar con Cristo" (Jn. 14,3; Fil. 1,23; 1 Tes. 4,17) estar en comunión de vida y amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y todos los san-

tos... El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha" (1023-1029).

18ª. La misericordia de Dios

La misericordia de Dios está sobre todas sus obras (Sal. 145,9). *De la misericordia de Dios está llena la tierra* (Sal. 33,5). *En el Señor se halla la misericordia y una copiosa redención* (Sal. 130,7).

Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva... Convertíos de vuestros perversos caminos... Si el impío se convirtiese de sus pecados y practicase la justicia y caminare por los mandamientos de vida, ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de los pecados que cometió será recordado contra él. (Ez- 33,11 ss). *Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,16).

El Señor os está esperando para haceros gracia... para tener misericordia de vosotros (Is. 30,18).

Todo pecador para evitar el castigo del infierno y poder lograr el cielo, tiene que arrepentirse de sus pecados, hacer una confesión sincera de ellos y acogerse a la misericordia de Dios.

La historia del hombre con relación a Dios es de continuos pecados, y la historia de Dios con relación al hombre es de continuas misericordias.

La misericordia de Dios debiera ser el motivo de nuestras continuas alabanzas, y al ir recordando los beneficios, como otro día lo hiciera el pueblo de Israel, terminar diciendo con el salmista: *"Porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna"* (Sal. 136).

Como *"Dios quiere que todos los hombres se salven"* (1 Tim. 2,4) y nos da las gracias necesarias y suficientes para que nos salvemos, depende de cada uno de nosotros que nos convirtamos y ganemos el cielo.

Debemos vivir con la confianza de salvarnos por estas razones:

1ª Porque *Jesucristo vino a la tierra a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15) y Él mismo dijo: *"No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores"* (Lc. 5,32).

2ª Porque Dios dice con juramento: *"Yo no quiero la muerte del pecador... y si se convirtiese de su pecado... ciertamente vivirá y no recordaré ninguno de los pecados que cometió"* (Ez. 33, 11ss).

3ª Porque Dios es sumamente misericordio-

so y ofrece el perdón a todos los pecadores *"hace como que no ve nuestros pecados para esperarnos a penitencia"* (Sap. 11,24), y de hecho nos inspira esta confianza al saber que ha perdonado a muchos y grandes pecadores.

4ª Porque *"esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna"* (1 Jn. 2, 25), *y porque Él es fiel a sus promesas y no miente* (Tit. 1,2).

19ª. Conozcamos a Jesucristo

(¿Qué ha dicho Jesucristo de sí mismo?): *Yo soy el Mesías* (Jn. 4,26); Mt. 26,63 ss). *Yo y el Padre somos uno, una misma cosa* (esto es, soy Dios) (Jn. 10,30). *"El Padre está en Mi y Yo en el Padre"* (Jn. 10, 31-38). *Quien me ve a Mi, ve al Padre* (Jn. 14,9). (El es el retrato del Padre). *Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas* (Jn. 14,6), etc...

Jesucristo es una persona histórica, pues sabemos que nació en Belén de Judá, y vivió en tiempos del rey Heródes, siendo gobernador romano Pontio Pilato (Mt. 2,1; Jn. 19,1). De Jesucristo nos hablan los Evangelios que son libros históricos, íntegros y verídicos, y también historiadores del tiempo de Jesucristo

como Flavio Josefo en las "Antigüedades Judaicas" y otros más.

Jesucristo demostró que era Dios con sus muchos milagros, pues curaba toda clase de enfermedades, y con sus muchas profecías, pues sólo Él conoce el porvenir. El anunció que en Jerusalén sería crucificado y que al tercer día resucitaría (Mt. 16,21), y de hecho resucitó, y Él fue el que resucitó a Lázaro después de cuatro días cadáver y al hijo de la viuda de Naín y otros más. Ningún fundador de otras religiones se le pueden igualar, pues ninguno ha muerto y ha vuelto a la vida...

Jamás persona alguna habló como Él (Jn. 1,46). Todos los que le odian se maravillaban de su doctrina y sus respuestas (Lc. 2,47).

Jesucristo es la figura central de la Biblia, pues en Él convergen todas las profecías del Antiguo Testamento. *Él es el Salvador del mundo* (Jn. 4,12); *el Dios verdadero* (1 Jn. 5,20), *que se hizo hombre* (Jn. 1,14), *y vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15).

Jesucristo nos dio ejemplo de vida y nos dio ejemplos admirables de pobreza, de castidad de obediencia y de todas las virtudes...

¡Cuántos se llaman cristianos y no lo cono-

cen! Lo más importante para un cristiano es conocerle a Él, y para conocerlo bien es necesario leer y releer detenidamente los Evangelios donde se narra su doctrina, sus milagros y también su pasión, muerte y resurrección.

Amemos a Jesucristo, porque *"en Él tenemos la redención y la remisión de los pecados"* (Col. 1,14) (Véanse mis libros: *"¿Quién es Jesucristo?"* y *"Jesucristo es Dios"*).

20ª. La Virgen María

Salve, oh llena de gracia, el Señor está contigo (Lc. 1,28). *Cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas) envió Dios a su Hijo nacido de una mujer* (Gál. 4,4). *"María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo* (Mt. 1,16). *Desposada su madre María con José antes de que conviviesen se halló que había concebido del Espíritu Santo* (Mt. 1,18).

Proclama mi alma la grandeza del Señor... Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación (Lc. 1,46ss). *"Ahí tienes a tu Madre"* (Jn. 19,27).

La Biblia considera a la Virgen como a la

más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,48), *"la bendita o más alabada entre todas las mujeres, la "llena de gracia"* (Lc. 1,28 y 42).

Y el Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues Ella "por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres" (LG. 53-54)

Por ser Madre de Dios Ella es superior a todo cuanto existe. Sólo Dios es superior a Ella. San Juan Crisóstomo nos dice: "La bienaventurada siempre Virgen María fue, a la verdad, un gran milagro. ¿Quién ha habido y puede haber después de Dios, mayor que Ella? Nadie la ha aventajado en santidad. Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los ángeles, ni criatura alguna visible o invisible", y cuantos elogios podamos tributarle es por ser precisamente Madre del Altísimo, pues Ella fue su primer sagrario y llena de gracia y por lo mismo la hizo Inmaculada, la exenta de todo pecado original y actual.

La Virgen María es Madre nuestra y Madre de la Iglesia. Es madre espiritual nuestra, por

Ella nos vino el Autor de todas las gracias, y es Madre de todos los hombres, en especial de los fieles (LG. 53), sin que excluya a los pecadores. Todos debemos tenerle la gran devoción, porque, como decía San Alfonso María de Ligorio: "Es imposible, moralmente hablando, que el verdadero devoto de María se condene", Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

INDICE

PRESENTACIÓN....................................3
BREVES MEDITACIONES
PARA DIAS DE RETIRO ESPIRITUAL......5
1ª Dios creador del mundo y del hombre 5
2ª ¿Qué soy yo ante Dios? 7
3ª Fin del hombre.......................................9
4ª Glorifiquemos a Dios 11
5ª Fin de las criaturas................................13
6ª Santa indiferencia 15
7ª Fin de las almas consagradas..................17
8ª El pecado... y su malicia -I......................19
9ª El pecado...y su ingratitud - II................22
10ª El pecado... y sus grandes males - III......24
11ª El pecado... y el remordimiento 26
12ª El pecado venial.....................................28
13ª Pecados de la lengua 31
14ª La muerte...33
15ª El juicio particular 35
16ª El infierno 36
(Doctrina de la Iglesia sobre el Purgatorio)...38
17ª El cielo 38
18ª La misericordia de Dios 40
19ª Conozcamos a Jesucristo 42
20ª La Virgen María 44